

esas formas de incitar al goce, sin ignorar la miseria que nos agobia, es precisamente la literatura.

Pienso que un país que es capaz de sentar en los mismos pupitres a hombres como García Márquez y Camilo Torres Restrepo no está perdido del todo. Fallan los métodos, no las intenciones, y si de algo podemos vanagloriarnos los hombres es de poder reconocer nuestros errores a tiempo. Abro al azar una de las páginas del

primer volumen de *En busca del tiempo perdido*, conmovido, encuentro una frase sabia, profunda, solidaria, con la que, estoy seguro, García Márquez podría evocar hoy a su entrañable amigo Camilo Torres Restrepo: “Es en el compañero perdido donde encuentro la plenitud, bien sea porque la fe creadora se haya agotado en mí, bien sea porque la realidad no se encuentra más que en la memoria...”.



García Márquez, geólogo de un volcán literario

Pedro Ángel Palou

Lo que digo no significa que el arte no tenga forma, sino que habrá una forma nueva, que admitirá el caos sin intentar catalogarlo como algo ajeno a sí mismo... La función del artista en la actualidad es encontrar una forma que deje sitio a la confusión...

Samuel Beckett

Gabriel Eligio García Martínez, telegrafista de profesión, homeópata de vocación, poeta y violinista clandestino, antes de partir a Riohacha, su nuevo destino laboral, juró no volver más a Aracataca, a ese “moridero de pobres”, terruño de su esposa Luisa Santiaga Márquez Iguarán, que estuvo a punto de no casarse con él por quedarse dormida el día de la boda y que pronto estuvo encinta, lo que dio motivo a la familia de ella para empezar a trabajar en el regreso de la joven pareja a Aracataca.

Después de muchas presiones, Gabriel Eligio decidió que ella volviera sola a su pueblo natal. La calurosa mañana olorosa a plátanos del 6 de marzo de 1927, a las 8:30 de la mañana, mientras su abuelo Nicolás Márquez estaba en misa

de ocho, nació en Aracataca Gabriel José García Márquez.

Gabriel Eligio no fue a Aracataca a conocer a su hijo hasta varios meses después. Enojado como estaba con sus suegros, juró una y otra vez no volver, pero el deseo de conocer a su hijo lo llevó finalmente de vuelta. El telegrafista encontró un clima de felicidad que provocó el olvido de los agravios, Gabriel José trajo la reconciliación y la felicidad a las dos familias. Gabito sería desde entonces más hijo de su abuelo que de su padre y más hijo de su abuela y de sus tías que de su madre.

Gabriel Eligio abandonó el oficio de telegrafista, se instaló en Aracataca y se entregó a su vieja vocación de médico empírico, gracias a los es-

tudios desordenados de homeopatía y farmacia que realizó en su juventud en la Universidad de Cartagena, mismos que le permitieron ganar cierto prestigio como galeno durante una epidemia de disentería declarada en 1925 en Aracataca. Sin embargo, su estancia en el solar natal de su primogénito no fue prolongada, dos años después marchó a Barranquilla en busca de mejores horizontes para su negocio.

La pareja se llevó consigo a Luis Enrique, segundo hijo, nacido en septiembre de 1928, dejó a Gabito con sus abuelos en Aracataca, pues el nieto se había convertido en centro de los afectos y la ternura de éstos y no podían concebir la vida sin él. Cuando visitó a sus padres por primera vez en Barranquilla en noviembre de 1929, el niño quedó impresionado por los semáforos, esos agentes mudos que manejaban solos el tránsito con sus luces mágicas.



Quinta de San Pedro Alejandrino, Santa Marta



Manglares durante la marea baja, Parque Nacional Ensenada de Utría



Bahía Solano



Finca La Aurora, Manizales

Debido a la mala situación económica que enfrentaba su familia en Barranquilla, Gabriel José entre los once y doce años de edad tuvo que ingeniárselas para aportar unos centavos a la economía familiar, pintando letreros gracias a su buena letra. Con trozos de carbón dibujaba sobre cartones blancos letreros como: “hoy no fio, mañana sí”, “el que fia salió a cobrar”, “pregunte por lo que no vea”. El primer buen sueldo de su vida lo ganó cuando pintó un letrero del autobús de la ruta del Barrio Abajo, barrio en el que vivían, en el patio de su casa: 25 pesos.

En 1941, Gabriel José García Márquez tuvo que interrumpir sus estudios de Bachillerato en el colegio jesuita de San José, en Barranquilla, para pasar unos meses con su familia en Sucre recuperándose de una enfermedad. Era un muchacho delgado, tímido, solitario, que hablaba poco y estaba siempre leyendo libros raros. Con su madre estableció una relación con la cordialidad y la seriedad del humor, con su padre no pudo hacerlo. Gabriel Eligio era un padre esmerado pero de severidad rayana en la incomprensión, consideraba que su primogénito era un mucha-

cho mentiroso, que todo lo que oía o veía en el pueblo lo contaba de otra manera, distorsionándolo con su inventiva, Gabriel Eligio, que se preció de ser buen lector y un hombre de imaginación, no comprendió y no entendió que en la condición innata de su hijo para “mentir” radicaba su mejor cualidad.

Los primeros versos y crónicas que escribió el joven Gabriel José aparecieron publicados en la revista *Juventud* del Colegio San José: “Crónica de la Segunda División”, “Instantáneas de la Segunda División”, “Desde un rincón de la Segunda”, “Bobadas mías” y “Crónica de la Segunda División” (verso), que firmó con los nombres de Capitán Araña, Gabito y Gabriel García.

En enero de 1943, poco antes de cumplir dieciséis años, Gabriel afrontó el hecho más radical de su vida y acaso el más provechoso de todos: salir de la casa y buscar la manera de financiarse los estudios secundarios, aliviando de paso la carga familiar. Después de un viaje por río y por tren, que llamara en un artículo periodístico “El río de la vida”, llegó a Bogotá, lo que llama el momento más funesto de su vida,



pues es el único en el que ha tenido que llorar de desolación.

Instalado en el Liceo Nacional de Zipaquirá, Gabriel escribió, a cuatro manos, su primer trabajo periodístico: un breve y modesto reportaje sobre la juventud, la educación y la música colombianas, para el primer número de la *Gaceta literaria*, en el que además colaboró con un breve relato lírico que firmó con el seudónimo de Javier Garcés y se hizo cargo de la sección Nuestros Poetas. Aun con todas las ingenuidades de un muchacho de diecisiete años, es un texto inaugural y revelador, pues es la primera prosa del escritor que delata una incipiente dimensión creativa y anuncia las imágenes de la obra futura, como las del río y la lluvia de flores, a la vez que esboza una de las constantes de sus novelas y cuentos: la transposición poética por el reflejo de las personas y las cosas en los espejos (del agua, del hielo, del sueño o de la nostalgia). Desafortunadamente este primer número de la *Gaceta literaria* nunca fue distribuido, fue incautado por el gobierno por el encendido artículo contra la oligarquía, destacado a cinco columnas en primera página.

En el año de 1944 tuvieron lugar el primer cuento y los primeros poemas creativos de García Márquez, en los que jugó un destacado papel su profesor de Castellano y Literatura, Carlos Julio Calderón Hermida, una de las personas providenciales en esos momentos de sus inicios literarios.

En 1947, García Márquez se inscribe en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional. Bogotá tenía entonces una sólida y activa vida cultural, por lo que el argentino Miguel Cané le llamó la Atenas Sudamericana. Pronto, el tímido y melancólico joven de Aracataca empezó a cambiar los códigos de Derecho por los versos de la vasta poesía universal y castellana, que desde Barranquilla y Zipaquirá eran su pasión dominante.

En una de esas noches bogotanas, en las que recorría, incansable, la ciudad en tranvía, García Márquez escribió su segundo cuento, "El cuento del fauno en el tranvía", y lo envió al suplemento literario de *El Tiempo*, donde tres años antes le publicaron un poema con el seudónimo de Javier Garcés. Nunca se lo publicaron ni le dieron respuesta alguna y el original fue devorado por las llamas junto con sus pertenencias, cuando fue incendiada la pen-

sión en la que vivía durante los disturbios producidos por el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán.

Es a partir de la lectura de *La metamorfosis* de Franz Kafka, que García Márquez decidió ser un narrador, y un narrador grande, para lo cual empezó por leer las grandes novelas y los mejores relatos que se hubieran escrito en la humanidad hasta ese momento. Pero no sólo empezó a leer todo, en orden, sino que se sentó a escribir. Así fue como escribió su tercer cuento, “La tercera resignación”, que es en realidad su primer cuento propiamente dicho, según las luces que encontró en Kafka y que fue publicado en el suplemento literario del diario *El Espectador* quince días después de que lo envió. El sábado 13 de septiembre de 1947 estaba el primer cuento publicado por Gabriel García Márquez. Mes y medio después, *El Espectador* publicó su segundo relato “Eva está dentro de su gato”, escrito con mayor fluidez, pero en la misma línea intelectual y de pesadilla kafkiana del anterior. Tres días después, Eduardo Zalamea Borda anunció y comentó al país la aparición de un nuevo escritor genial y distinto, en su columna diaria “La ciudad y el mundo”. La nota marca un hito en la crítica colombiana y latinoamericana, pues no sólo es el primer texto sobre García Márquez

sino la primera visión profética de lo que éste llegaría a ser.

Después de vivir un tiempo en Cartagena y en Barranquilla, García Márquez regresa en la década de los cincuenta a Bogotá, regresa, también, a trabajar a *El Espectador*, en otras condiciones económicas y dueño ya de un prestigio periodístico y literario. En 1954 gana el Premio Nacional de Cuento que la Asociación de Escritores y Artistas de Colombia le otorgó por su relato “Un día después del sábado”. La publicación y éxito del reportaje *Relato de un naufrago*, provocó la aparición en 1955 de la primera edición de *La hojarasca*, novela que marca el inicio de la senda mítica y de la primera opción estética que lo conduciría a *Cien años de soledad*. La buena acogida crítica de *La hojarasca*, junto al sonado éxito de *Relato de un naufrago*, terminó de consolidar literariamente el nombre de García Márquez a nivel nacional, mientras que los dueños de *El Espectador* decidieron que ya era hora de mandar a su reportero estrella como enviado especial a Europa.

En París inició la escritura de *El coronel no tiene quien le escriba*, un personaje que se desprendió de *La mala hora*, que creció y adquirió peso propio hasta que protagonizó una novela. *El coronel...* apareció publicada en 1960 gracias a los buenos



Ruinas del antiguo monasterio, Siecha



Plaza principal de Pachavita, Boyacá

oficios del abogado, poeta, cinéfilo, librero y editor de buena voluntad, Alberto Aguirre, quien tiró cuatro mil ejemplares en su primera edición, de los cuales sólo se vendieron ochocientos.

Un año después, en 1961, publicada en Madrid, apareció *La mala hora*, misma que García Márquez desautorizó y consideró como primera edición la publicada por la mexicana Editorial Era en abril de 1966, en la que eliminó las incorrecciones idiomáticas y las barbaridades estilísticas, en nombre de su soberana y arbitraria voluntad. *La mala hora* es una de las novelas mejor escritas de García Márquez, alcanzando por momentos esa precisión, concisión y limpidez estilística de *El coronel...*, aunque nunca hizo carrera por sí sola, tal vez por su argumento ínfimo y fragmentario.

Viviendo ya en México, en 1965 García Márquez escribió a Luis Harss para su libro *Los nuestros*, refiriéndose al proceso de escritura de *Cien años de soledad*: “Estoy loco de felicidad. Después de cinco años de esterilidad absoluta, este libro está saliendo como un chorro, sin problemas de palabras”. Álvaro Mutis señala que fue una noche de mediados de 1965 cuando García Márquez le comentó: “Maestro, voy a escribir una novela.

Mañana mismo voy a empezar. ¿Se acuerda de aquel mamotreto que nunca le mostré y que le entregué en el aeropuerto de Techo en enero de 1954 para que lo metiera en la cajuela del auto? Pues es ésa, pero de otra manera”. Y, en efecto, al día siguiente empezó a trabajar en *Cien años de soledad* de forma afiebrada, demencial, pero el comienzo estuvo empedrado de dificultades e interrupciones durante los primeros tiempos.

Catorce meses se encerró el escritor colombiano para escribir su novela en una casa alquilada del barrio de San Ángel Inn. Los hijos de Gabriel y Mercedes, Rodrigo y Gonzalo, de siete y cuatro años en la época, recordarán a su padre como un hombre que vivía siempre encerrado en un pequeño cuarto del fondo del salón, pues tras el almuerzo, una breve siesta y un corto paseo por el barrio lo veían encerrarse otra vez hasta las ocho de la noche en que llegaban los amigos. Durante catorce meses Álvaro Mutis, su mujer Carmen Miracle, Jomí García Ascot y María Luisa Elío serían testigos privilegiados de la concepción y evolución de las mil y una historias de los Buendía y del destino apocalíptico de Macondo.



Guillermo Wiedemann, *Paisaje*, c. 1940

El diez de septiembre de 1966, García Márquez firmó contrato con la Editorial Sudamericana para la publicación de *Cien años de soledad*, por la cual recibió un adelanto de quinientos dólares y el diez por ciento total de las ventas, la novela vio la luz el 30 de mayo de 1967 en olor de consagración y de multitudes, después de que su editor supo crear el ambiente, la expectación y la alharaca propicios. El libro tuvo una tirada inicial de cinco mil ejemplares, misma que inmediatamente fue elevada a ocho mil. A los quince días la segunda edición fue de diez mil ejemplares, con lo cual la editorial se quedó sin papel y sin cupos de imprenta para satisfacer una demanda que crecía en proporción a la voracidad lectora de todo un continente. Durante dos meses América Latina hablaba de *Cien años de soledad*, pero el libro no podía comprarse, no estaba en librerías.

Cuando en septiembre salió por fin la tercera edición, aquello era ya el desorden completo, México pedía veinte mil ejemplares, Colombia diez mil, otros países pedían diez mil, cinco mil, tres mil. La novela vendió en tres años seiscientos mil ejemplares y en ocho dos millones, cifra que alcanzaría sólo en Argentina veinticinco años después.

Traducida a las principales lenguas de Occidente, en pocos meses la agente de García Márquez, Carmen Balcells, consiguió dieciséis contratos más para su traducción. De modo que en sólo tres años la novela había dado un paso gigantesco en su consagración planetaria, hasta ser hoy la obra más influyente del castellano después del *Quijote* y su autor el geólogo de ese volcán literario que trastocó para siempre el orden y el tamaño de la literatura latinoamericana.